

RUBEN DARIO Y AZORIN

Poco antes de su muerte y a mediados de enero, Azorín concedió una entrevista a Carlos Luis Alvarez, que apareció en "ABC" de Madrid del 15 de enero de 1967. Como documento precioso de ambos poetas —porque Azorín, aunque no escribiera versos, llevaba en su alma la serenidad luminosa y grave de la madre Castilla y sabía soñar dorando la realidad—, queremos presentar aquí ese momento en que el nonagenario evoca los recuerdos de Rubén.

—Dice el señor que entre.

(Entro. Azorín está sentado ante una mesa-camilla. Levanta los brazos y dice: "¡Cómo pasa el tiempo!").

—Quisiera decirle que...

—Está asfixiado. Tenía el rostro de un indígena de Centroamérica. Capacidad asimiladora. Sensibilidad finísima. Estaba ya entregado a quienes le iban a perder.

—¿Cómo dice usted?

—La absenta. Entonces eran otras bebidas. En aquellos tiempos no mandaba Chicote, mandaba Pidoux. Copile.

(Azorín me tiende un ejemplar de "Prosas profanas". La edición es de 1901. Está dedicado: "Al filósofo y admirable Azorín, su amigo Rubén Darío, 1905". Azorín me hace copiar lo de "El abuelo español de barba blanca..." Está especialmente subrayado este párrafo: "luego, al despedirme: —Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París").

—Víctor Hugo, Verlaine —me dice.

—Sí.

—No conoció a Hugo. Hugo murió en el ochenta y cinco. Verlaine en el noventa y seis. Estaba obsesionado con Verlaine y murió como él. Hugo no le podía decir nada; Verlaine, sí.

—Pero yo quisiera conocer algún recuerdo suyo, algo personal.

—Yo no tengo recuerdos.

—¿Recuerda usted la primera vez que le vio?

—Recuerdo la última. Fue en Pravia.

—¿Con motivo de su viaje a Oviedo? Ramón Pérez de Ayala iba a verle con frecuencia.

—Yo le trataba de ministro. Era ya ministro. Era ya ministro de Nicaragua. Cuando llegó a Palacio advirtió que no llevaba las credenciales. Tuvo que enviar por ellas."

RUBEN DARIO MAS ALLA DE SUS RETRATOS

Por Angel Martínez Baigorri, S. J.
Managua (Nicaragua).

Todos son, sus retratos, retocados.
Con seriedad fingida, verdadera
tristeza iluminada, y en la entera
claridad de visión, mundos amados.

Lejos, dentro. Saberse en los ya hallados
astros y en vuelo a la más alta esfera
de otros en que la dicha abre a su espera
ojos de ensueño en un sueño alumbrados.

En traje impuesto, la cordial entrega.
En la mano oficial, el exquisito
corazón. Y en la nave que despegá,

la altura fija al imposible hito
al que sólo él o sólo con él llega
quien da al límite puro su infinito.